



¿Quién escribe al niño marica?

Eduardo Mattio¹

Livro resenhado: BURGOS, Juan Manuel y THEUMER, Emmanuel (comps.). *Mariconcitos. Feminidades de niños, placeres de infancia*. Córdoba: edición de los autores, 2017.

Al inicio del capítulo V de *La condición humana*, Hannah Arendt elige un breve epígrafe, tomado de Isak Dinesen, que dice así: “Todas las penas pueden soportarse si las ponemos en una historia o contamos una historia sobre ellas” (ARENDR, 1998, p. 199). Si el poder narrarse como un “quién” es una condición prepolítica de la conflictiva vida en común, ese relato de sí que no empezamos, que no tiene un autor, que construimos con los retazos (muchas veces oprobiosos) de otros relatos que nos preceden y exceden, el poder narrar en primera persona el drama personal tiene una importancia política decisiva (cf. ARENDR, 1998, pp. 208-211). Tales consideraciones arendtianas, entiendo, expresan el tono en el que pueden leerse las contribuciones reunidas por Juan Manuel Burgos y Emmanuel Theumer en *Mariconcitos. Feminidades de niños, placeres de infancia*. En efecto, uno de los aspectos más valiosos del proyecto que las editoras propusieron con esta compilación, de todo el conjunto de testimonios maricas que tomaron la forma de libro digital, está en que suscitaron la posibilidad de conjurar muchas de esas penas, las que padecieron y padecen muchas infancias maricas, en el marco de una historia. Las compiladoras invitaron a componer un relato en el que se pudo nombrar la injuria, el desprecio, el desamor, el temor y tantas otras pasiones tristes que nos alcanzan a muchas vidas maricas desde temprano. Generando la oportunidad de narrarlas, de ponerlas en una historia, permitieron a quienes escribieron (y a quienes hoy las leen) otra chance en el arduo trabajo de soportarlas. En la línea inaugurada por vale flores y fabi tron con *Chonguitas. Masculinidades de niñas* (2013), este proyecto han hecho posible un ejercicio colectivo que siempre espera ser actualizado en el colectivo LGTB: la resignificación del daño. Las editoras de

¹ Puto feminista. Doctor en Filosofía (FFyH, UNC). Profesor asistente en la Escuela de Filosofía (FFyH, UNC) e investigador en el Área de Feminismos, género y sexualidades (FemGeS, CIFYH, UNC). Email: eduardomattio@gmail.com

Mariconcitos invitaron a elegir una fotografía, a producir un relato, y con ello, a “enmarcar el marco”, como diría Butler (2010, p. 24), de las sujeciones sexo-genéricas que nos produjeron como infancias fallidas. En cada relato de *Mariconcitos* se captura así algún momento significativo de nuestra niñez marica en el que se exhiben las frágiles costuras de los imperativos heteronormados que, a fuerza de repetición, nos expulsaron tempranamente de la masculinidad hegemónica. En cada narración se expresa un cuadro, idiosincrásico y singular, en el que se montan algunas de las desgracias que poblaron nuestra niñez. A fuerza de hacer las paces con un pasado, controvertido y alejado, que tiene el arraigo de la vergüenza, del autodesprecio y del miedo, los textos de *Mariconcitos* reinventan los dolores que parieron la marica que hoy somos.

Pero como observa Osvaldo Bossi en el sentido prólogo que abre el volumen, todas estas maricas acá reunidas, que tienen tanto y tan poco en común, han hecho de los escupitajos recibidos una condecoración para poner en sus ojales (2017, p. 9). Es decir, todos estos putos que revelan en *Mariconcitos* alguna faceta (verosímil o sobreactuada) de esa niñez pretendidamente abyecta, comparten un gesto que aprendieron desde chicas. Dan cuenta de una sublevación que en el ayer de la infancia (o en el ahora de la escritura) comienza con la risa. Pese a la incomprensión de sus entornos, aprendieron a rebelarse convirtiendo el llanto en sorna. Frente al coro uniforme y cacofónico que las puso en falta como si se trataran de un desorden de la naturaleza, estas maricas prodigiosas, tarde o temprano, han aprendido a poner el culo antes que la otra mejilla. Han sustraído, advierte Bossi, a la palabra “mariconcito” su poder destructivo para convertirla en una insignia llena de ternura que ninguna de nosotras quisiera dejar de llevar (2017, p. 10). Como bien se lo propusieron las compiladoras, en los textos no hay narraciones que nos revictimicen y reiteren alguna suerte de tragedia que nadie querría vivir. En *Mariconcitos* hay también un registro minucioso de los “placeres de infancia” que todas estas maricas ensayaron desde que tienen la capacidad de caderear.

Comparten mucho, decía: desde pequeñas estas maricas parecen haber ensayado sin saberlo un guión bastante similar: han usado los tacos o maquillajes de sus madres, la ropa de sus hermanas, improvisaron melenas con toallas o remeras, se enamoraron perdidamente de algún superhéroe, se mataron a besos (o a pajas) con algún vecino, primo o compañero de escuela, cultivaron su feminidad inapropiada al amparo de ese gineceo que componían sus madres, tías, abuelas y amiguitas. En la mayoría de los casos, fracasaron en el fútbol, adquirieron una lengua karateca y se prepararon en soledad para la *zorreridad* de tías, primas y sobrinas que hoy las vincula con orgullo (o a su pesar). Muchas de ellas soportaron con encanto y valentía el periplo de



desgracias que las llevó del *bullying* escolar a la terapia psicológica. Cual sobrevivientes, en mayor o menor medida, esta manada de trolas se ha reconciliado tarde o temprano con una imagen (fotográfica) de sí mismas que la sociedad les enseñó a odiar. En el relato han podido redescubrir una imagen dolorosa del pasado que hoy les despierta orgullo, piedad o gracia.

Comparten poco, decía también: como en la divertida enumeración de especies animales de la enciclopedia china borgeana (BORGES, 1994, p. 86), ese fondo de experiencia marcado por el color y el dolor, ha dado lugar a una variedad indisciplinada de trayectorias: hay maricas gordas, seropositivas, burguesas, artistas, negras, universitarias, trabajadoras, anarkas, monógamas, sauneras, aguafiestas; hay locas malas, reinonas discas, putos militantes, locas viejas, gay casados, travas combativas, jotos mexicanos, preciosos transmaricones, y un desordenado etcétera. A su modo, *Mariconcitos* evidencia que un mismo insulto - “puto”, “trollo” o “maricón” - recibido en la niñez, que ese proyectil que advierte y reprende nuestra diferencia, es también un explosivo de efecto retardado que estalla una y otra vez hasta producir en cada una de nosotras, de manera singular, una forma de ser marica completamente irrepetible. Como cualquier marica sabe por experiencia, esa injuria que se reitera dolorosamente y que resuena de diversos modos en cada una de nosotras, también ha sido, como los relatos de *Mariconcitos* expresan, una oportunidad para florecer, una interpelación que en el momento menos pensado produce nuestra “legítima rareza”. En una variedad de registros, el libro muestra cómo a partir de unos pocos materiales, mezquinos y deficitarios, se ha producido de modo imprevisible toda una jauría de maricas que reivindica sus dolores y placeres, y que en la escritura han logrado plasmar otra temporalidad anacrónica, un sentir anticuado (LOVE, 2007), en donde conviven la mariquita que fueron y el trollo que hoy ensaya, con mayor o menor fortuna, alguna declinación de la putez.

Mariconcitos es prueba de que puto no se nace; de que se llega a serlo. Nos volvemos maricas a fuerza de escribir y reescribir una narración que comienza fallada. Somos ese relato que se teje desde el inicio con retazos de un guión heterocentrado en el que no tenemos lugar alguno; nos criamos eludiendo un mandato sexo-genérico en el que está previsto *otro* hijo, *otro* hermano, *otro* nieto, *otro* alumno, *otro* paciente, ese *otro* niño que no fuimos y que por suerte nunca logramos interpretar. Pero en ese trance de cartonear los materiales de nuestro relato, esas narraciones que hoy se comparten en *Mariconcitos*, se armaron a partir de las telenovelas que vimos, de los superhéroes que nos calentaron, de los deseos que no pudimos expresar, de las charlas de mujeres que escuchamos, de los desprecios que nos fortalecieron, del miedo y la rabia que desde esa época todavía nos acompaña. En la compilación de Burgos y Theumer se



resumen las pedagogías maricas que alumbraron el presunto fracaso identitario que hoy encarnamos; se explicitan las gramáticas emocionales en las que conviven tanto los deleites que algunas otras maricas nos legaron, como los resabios impotentes de una secreta vergüenza que nunca nos abandona por completo.

Todo el trabajo que supuso componer *Mariconcitos* merece muchos y buenos lectores y lectoras; ojalá que a muchos de ell*s, estén a donde estén, estas narraciones les permitan ensayar algún relato (im)propio en el que puedan acoger al niñ* que fueron y que todavía espera alguna suerte de cuidado.

Referências

- ARENDDT, Hannah. *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós, 1998.
- BORGES, Jorge Luis. El idioma analítico de John Wilkins. In: *Obras completas II. 1952-1972*. Buenos Aires: EMECÉ, 1994. pp. 84-87.
- BOSSI, Osvaldo. La infancia sublevada. In: BURGOS, Juan Manuel y THEUMER, Emmanuel (comps.). *Mariconcitos. Feminidades de niños, placeres de infancia*. Córdoba: edición de los autores, 2017. pp. 8-10.
- BUTLER, Judith. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Paidós: Buenos Aires, 2010.
- FLORES, vale y TRON, fabi (comps). *Chonguitas. Masculinidades de niñas*. Neuquén: La Mondoga Dark, 2013.
- LOVE, Heather. *Feeling backward. Loss and the politics of Queer History*. Cambridge-London: Harvard University Press, 2007.

